





**MIRADAS AL PASADO  
DE CARA AL FUTURO**

# Una historia reciente

Isaías Peña Gutiérrez\* |

---

\* Narrador, ensayista, historiador, periodista cultural, bloguero, jurado, docente y funcionario universitario. En la Universidad Central, fundó el Taller de Escritores (TEUC) en 1981, la Especialización en Creación Narrativa en 2008 y el pregrado de Creación Literaria en 2010. Dirigió la revista Hojas Universitarias entre 1998 y 2019.  
Correo: isaias1317@gmail.com

**S**e podría decir que la historia de la Universidad Central se divide en dos grandes partes: la anterior y la posterior al sábado 18 de noviembre de 1995, cuando murió en Bogotá el más importante de sus cofundadores, cuya única solicitud al morir, hecha a modo de ruego implorante, fue que sus profesores y administradores no la dejaráramos desaparecer, sino que la cuidáramos como él la había querido. La Universidad era ese sueño que había nacido en junio de 1966, hacía apenas 29 años. Me refiero al abogado externadista Jorge Enrique Molina Mariño, el “rector inolvidable”, al decir de su secretario general, Ramón Manrique Boeppler.

La Central —cuyo nombre daría para otro artículo— había sido fundada por Molina Mariño y otras figuras de la educación y la cultura colombiana, varios de ellos también externadistas, como Carlos Medellín Forero (primer rector), Elberto Téllez Camacho, Eduardo Mendoza Varela, Alberto Gómez Moreno, Darío Samper, Raúl Vásquez Vélez y Rubén Amaya Reyes. Tres de ellos eran poetas.

Su vocación inicial había sido la de ser una institución técnica y deportiva, por la afinidad de su cofundador inicial, don Alberto Gómez Moreno, posteriormente director financiero y administrador por muchos años. Por eso comenzó con la Facultad de Contaduría Pública, que alcanzó sus más altos niveles cuando la dirigió un egresado centralista, el primer contador general de la Nación, Edgar Fernando Nieto Sánchez. En 1971 aparecieron las carreras de Economía y Administración de Empresas, que tuvieron por entonces excelentes decanos como Enrique Peña y Álvaro Velásquez, este último centralista. Esto respondía a una de las características del rector fundador: hacer escuela con sus propios estudiantes.

La Universidad Central funcionaba, para entonces, en la sede que había sido, hasta 1969, de la Universidad Externado de Colombia, en la carrera 16 n.º 24-45, barrio Santa Fe, donde yo había concluido mis estudios de Derecho en 1968. Y allí permanecería hasta que, después de un traslado por etapas a la nueva sede en la carrera 5 n.º 21-38, barrio Las Nieves, la rectoría y el Departamento de Humanidades y Letras, que dirigía Álvaro Rojas de la Espriella, fueran los últimos en llegar. Yo hacía parte de ese trasteo como integrante de Humanidades.

El crecimiento de las unidades académicas y curriculares pronto se puso en marcha. Surgieron con éxito las carreras de Comunicación, Publicidad, Ingeniería de Sistemas, Recursos Hídricos y Gestión Ambiental, Mercadología, Ingeniería Electrónica, Ingeniería Mecánica y Estudios Musicales. Después de 1995, cuando murió Molina Mariño, surgirían varios programas más, como Cine, Arte Dramático, Creación Literaria, Derecho, Matemáticas y Biología.

Pero de la primera parte, antes de 1995, quisiera resaltar ciertos principios que fueron el alma de la Universidad Central, algunos recordados por mi exalumno Ramón Manrique B. en su artículo “Rasgos e ideas de un rector inolvidable” (*Hojas Universitarias*, núm. 44, 1997).

Primero, la integración e interacción entre los conceptos de civilización, ciencia y técnica, y los de cultura, humanidades y arte. Aunque la idea inicial de Gómez Moreno fue la de impulsar las ciencias exactas, la técnica y los oficios, la preparación y el ejercicio de los deportistas (cabe recordar que la Central sería muy pronto la ganadora de los Juegos Nacionales Universitarios, que Molina Mariño trajo a la Central a los grandes ajedrecistas del mundo y que privilegió con becas a los estudiantes en distintas ramas del deporte), Molina Mariño logró integrar al grupo de fundadores a escritores y poetas de renombre nacional, como Darío Samper, de Piedra y Cielo; Carlos Medellín, de la generación de Medio Siglo, y Eduardo Mendoza Varela, poeta, columnista de *El Tiempo* y director de su suplemento *Lecturas Dominicales*. Le dio prioridad a la creación del Departamento de Humanidades y Letras y nombró como director al filósofo y escritor Álvaro Rojas de la Espriella, quien asumiría muy pronto la coordinación del primer número de la revista institucional *Hojas Universitarias*, a cuyo

comité de redacción me sumé tan pronto ingresé, en 1975, a la Central. Simultáneamente, se creó el Cine Club Universidad Central, bajo la dirección de Laura Restrepo, pionero y ejemplo en el país y, sin duda, antecedente teórico y práctico de su futura carrera de Cine. Entre 1975 y 1980 sesionó su Curso Preuniversitario, apoyo para quienes deseaban ingresar a las carreras profesionales, que diseñé y dirigí. Y en 1981, con el aval entusiasta de Molina Mariño, tuve la fortuna de crear el Taller de Escritores de la Universidad Central, experiencia que, luego de 30 años de investigación, desembocaría en el diseño personal, sin el famoso marco teórico eurocentrista exigido por la academia, de la malla curricular de la carrera de Creación Literaria, aprobada por el Ministerio de Educación en 2010. Esta malla curricular, a su vez, resumía el índice de mi libro *El universo de la creación literaria*, escrito y reescrito en los últimos treinta años, gracias al respaldo incondicional que siempre me dio la Central.

Como resulta fácil de advertir, Jorge Enrique Molina Mariño creía que sin esos resortes culturales y artísticos no se podía hacer universidad en el pleno sentido de la palabra. No se trataba de hacer negocio con la educación; se buscaba alcanzar una meta en complicidad con la ciencia y la cultura, en busca de una nueva dignidad humana.

Segundo, el sentimiento de pertenencia y arraigo al ser del continente y de la cultura latinoamericanos. Para entenderlo, basta recordar la conversación telefónica que sostuvieron, mediante un altavoz, entre la clínica y la oficina de la rectoría, Alba Ruth Restrepo, secretaria de rectoría; Álvaro Rojas de la Espriella, vicerrector académico; Raúl Carrera Lastra, decano de posgrados, y Ramón Manrique, secretario general, con el rector Jorge Enrique Molina Mariño, quien, entre varias recomendaciones, daba la orden de asistir, en representación de la Universidad Central, a las conferencias internacionales de la OIU (Organización Interamericana de Universidades) y de la UDUAL (Unión de Universidades de América Latina), que en las semanas siguientes se realizarían en Chile y Costa Rica. El rector moriría al día siguiente, 18 de noviembre de 1995, y ellos viajarían de inmediato a los destinos señalados. La relación de Molina Mariño y de la Universidad Central con el

mexicano Leopoldo Zea y otros grandes pensadores del continente fue intensa desde su nacimiento. Fue la gran época en que también comencé a escribir mi futuro libro, *Historia de la literatura latinoamericana*. La integración de la Universidad a la realidad del continente latinoamericano fue un sueño del rector y sigue siéndolo.

Tercero, la Universidad Central, al margen de partidos e ideologías, en su pensamiento académico y social, siempre abogará por el cumplimiento de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y por el respeto de sus principios.

Las rectorías posteriores a 1995, las de Rubén Amaya Reyes, José Luis Gómez Valderrama, Jaime Arias Ramírez, Guillermo Páramo Rocha (durante la cual se adquirió el Teatro Faenza, una joya del patrimonio nacional), Rafael Santos Calderón y Paula Andrea López, han continuado las rutas de los fundadores. El acogedor ámbito cultural y artístico, la innovación científica y tecnológica, la persistencia en el desarrollo deportivo, la renovación de su infraestructura arquitectónica y la búsqueda de nuevas rutas académicas buscan dar respuesta a las crisis que sufre la educación universitaria en el mundo entero.

Ojalá encontremos en el futuro los algoritmos suficientes para responder a las preguntas sobre nuestro pasado reciente y el que ya comienza a ser remoto. ○

Pitalito, 17 de junio de 2026

